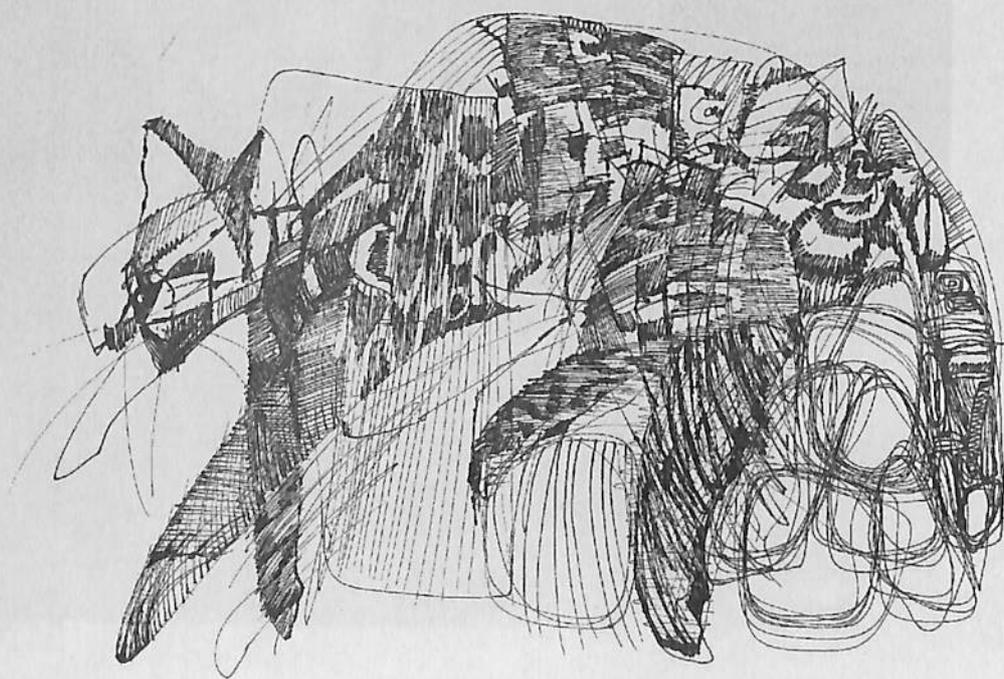
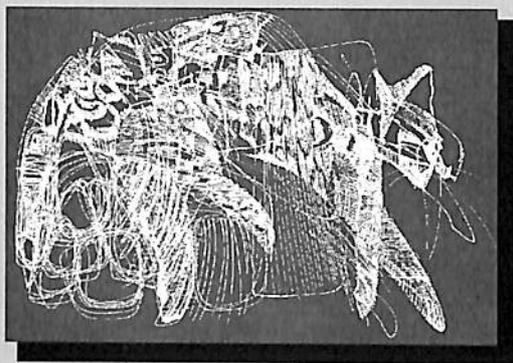


ITALIA EN LA COLMENA

Sección a cargo de Guillermo Fernández



VINCENZO CARDARELLI

Ilusa juventud

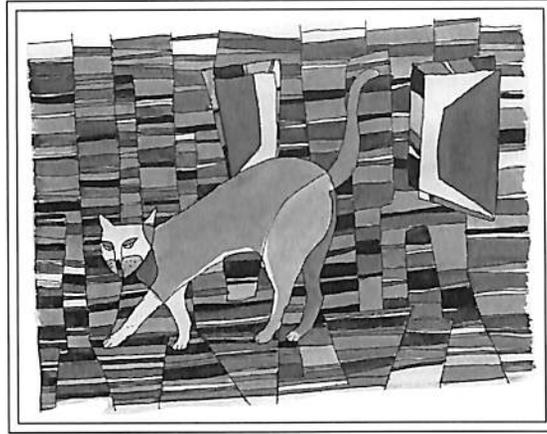
JUVENTUD, inocencia, ilusiones
¡oh, tiempo sin pecado, siglo de oro!
Después de transcurrido
solemos añorarlo
cual bien perdido.
Yo sé que fuiste un mal.
Sé que no fueron lumbre, sino hielo,
las cándidas creencias juveniles;
viví bajo ese manto
como un tronco cubierto por la nieve:
tronco verde, musgoso,
rico de savias y estéril.
Ahora que, exhausto y roído,
libre de ustedes, recorrí en un instante
mis lozanas estaciones
y, disperso en la tierra, miro
el escaso fruto que han dado;
ahora que mi suerte he conocido
sin preguntarme cuál es. La vida huye
tan pronto, que cualquier suerte es buena
para tan breve jornada.
Sólo de ustedes me quejo, primeros engaños.

Viaje

¡CÓMO ENVIDIA el que parte al que se queda!
¡Cuán estable y dichoso
se muestra el mundo a quien lo contempla
con ánimo de exiliado, con ojos
de moribundo!
Decidido al adiós,
aun postergándolo, está ya en camino
y fuera de la vida.
Así me pareció todo en otro tiempo,
como aquellas ciudades de las que me despedí
al anochecer,
con los recuerdos ya apremiaban,
o que descubrí férvidas y alegres
desde lo alto de un puente,
pasando en un tren,
rozando los secretos de las casas,
con el tren en marcha
que desataba los lugares más gratos
en un juego de nubes.
Oh, viví sin tregua
y exiliado en todas partes.
No aprendí ningún oficio, no me asiste
ninguna certidumbre
ahora que estoy a punto de zarpar para siempre.

Última esperanza

NUESTRA mísera gloria
es una pingüe colonia
para el apetito voraz
de nuestros enemigos.
Nos devoran los gusanos aún en vida
y dentro de poco no quedará de nosotros
sino su rechazo:
la última, imponderable materia
transmutada en luz y en aire.
¡Oh sublime residuo!
¡Esencia intangible!
Sólo tú, árido polvo,
no sufrirás el ultraje de los vivos.
Tal vez en ti, en ese soplo
de ceniza sobreviviente,
esté la prueba del alma,
el signo indestructible
de la inmortalidad.



“NO ES UNA PARADOJA si decimos que para los clásicos, como para nosotros, el arte no tenía otra finalidad que la del deleite, y que aprendimos a ser hombres antes que literatos. Queríamos escribir el vocablo *humanidad* con mayúscula, noblemente, como lo escribían en tiempos de Maquiavelo, para que se entendiera el sentido preciso que nosotros le damos a esta palabra. Nuestro clasicismo es metafórico y de doble fondo. El hecho de servirnos confiadamente de un estilo muerto para nosotros no significa sino realizar nuevas elegancias y, a la postre, perpetuar de manera insensible la tradición de nuestro arte. Consideramos que esto significa ser modernos a la manera italiana, sin expatriarnos”. Con estas palabras, Vincenzo Cardarelli expresó su posición artística y humana en la polémica suscitada en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La tradición o nada. En este sentido, ningún otro poeta del siglo XX italiano ha sido más leopardiano, cuya lección es ostensible en el aspecto ético, que imprime su sello en la continua lucha que sostuvo Cardarelli entre el “sentimiento y el resentimiento”. La obra de éste se halla estrechamente vinculada al hombre, pero con la mano alzada en gesto admonitorio; una mano que, a menudo, descarga sobre sí mismo. De allí proviene el “dramatismo de su experiencia de escritor, llevado a hablar de sí mismo con gran violencia” (C. Gargiulo), no como necesidad de autoconciencia, sino como experiencia física y muy concreta de vida, en encarnarse en un estilo que ostente el cuño del esfuerzo creativo. El desencanto de Leopardi alcanza en Cardarelli una intensidad estrujante: *Sólo tú, árido polvo, / no sufrirás el ultraje de los vivos.*

Vincenzo Cardarelli (seudónimo de Nazareno Caldarelli) nació en Corneto Tarquinia (Viterbo) en 1887; murió en Roma en 1959. LC